



1. Río+20: Entre el capitalismo verde y el decrecimiento sostenible

El futuro que no queremos

Leida Rijnhout

Corría el año 1492 cuando la flota naval de Cristóbal Colón, sufragada por la reina española, llegaba al continente sudamericano. Desde ese año comenzó un período de explotación ilimitada de los recursos naturales (y humanos) para construir un imperio europeo al otro lado del mundo. Así comenzó un proceso activo de enriquecimiento y empobrecimiento. Y aumentó la brecha entre los denominados Primer y Tercer Mundo, entre los países desarrollados y los países en desarrollo. No fue un hecho o incidente de la Historia, por el contrario esto es el resultado de una economía global organizada de forma errónea e injusta.

Sin embargo fue hace 500 años cuando se formó este enlace entre desarrollo y degradación ambiental o manejo inadecuado de los recursos naturales. Aunque para mucha gente no exista tal vínculo. Incluso después de los demoledores informes del Club de Roma (*Los límites del Crecimiento*) y de la Comisión Brundtland (*Nuestro Futuro Común*) o más recientemente el trabajo de Tim Jackson (*Prosperidad sin Crecimiento*) la acumulación de riqueza es percibida como positiva. Sin considerar muchas veces de donde procede tal riqueza.

En 1992 las Naciones Unidas organizaron la Conferencia de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y el Desarrollo en Río de Janeiro, más conocida como Cumbre de la Tierra. Esta conferencia reconoció los 27 principios básicos del desarrollo sostenible. El texto resultante, la Agenda 21, es un interesante documento con instrumentos válidos para implementar el desarrollo sostenible tanto a nivel nacional como local. También vieron la luz dos convenciones, una sobre biodiversidad y otra sobre cambio climático. Sobre bosques se diseñaron los principios para su gestión global. Se creó un inusitado optimismo para dar alternativas a los paradigmas actuales del desarrollo en relación con el medio ambiente.

10 años más tarde en Johannesburgo, en la cumbre Río+10, ese optimismo se desvaneció. *Río92* creó una nueva forma de pensar y de consciencia, pero

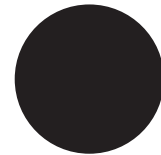
desafortunadamente no suficiente para cambiar el paradigma económico dominante. Ni en los gobiernos, ni en los negocios, ni en las universidades, y por ser honestos, ni en las organizaciones de la sociedad civil.

Y por ello en el 2012, en la nueva Cumbre del Desarrollo Sostenible, algunos grupos pensaban que habría una ruptura a través de un cambio fundamental en nuestro sistema económico, utilizando la perspectiva de la economía verde, mientras otros grupos se mostraban interesados en mantener el sistema existente y otros se oponían con fuerza al concepto de economía verde.

El proceso de negociación

Los preparativos de Río+20 comenzaron con el denominado “Zero Draft” (*Borrador Cero*) una compilación de miles de páginas con las aportaciones de los gobiernos, las instituciones de la Naciones Unidas y de las organizaciones de la sociedad civil. Este documento era realmente una salida en falso. Carecía de ambición, análisis claros, innovación, objetivos y sobre todo liderazgo político para poner en marcha el proceso de *reverdecimiento* de nuestra economía. Después se realizaron varias reuniones para discutir el borrador. Fue un periodo negociador muy lento ya que las opiniones de los diferentes países eran muy diversas. Algunos totalmente a favor de la economía verde (en el contexto de la erradicación de la pobreza y el desarrollo sostenible), otros países muy en contra y otros dubitativos ya que todavía no existía una definición aclaratorio del significado de la economía verde.

En general se puede decir que la Unión Europea y EE UU veían oportunidades en la agenda de la *economía verde*, que crearía un mercado verde, empleos verdes y crecimiento verde. La UE era un poco más crítica hacia el concepto y pedía objetivos y fechas (una Hoja de Ruta), también con la ambición de dejar atrás la economía marrón. El Grupo77 y China no hablaban con una sola voz. Una cuestión imposible si tenemos en cuenta la diversidad de intereses y de posibilidades de los países. Algunos países latinoamericanos ponían especiales reservas al concepto (Bolivia, Ecuador,..). No veían que la solución de la erradicación de la pobreza y la justicia tuviera que ver con poner la economía en el corazón de la agenda. También consideraban la economía verde como una herramienta para mercantilizar la Naturaleza y privatizar los bienes comunes. Promovieron el concepto de *Derechos de la Madre Tierra*, pero en el proceso de negociación maniobraron demasiado de forma defensiva para contrapesar la agenda, lo que fue una pena. También perdieron la oportunidad para construir alianzas con las organizaciones no-gubernamentales. Estar contra la economía verde no es una estrategia inteligente, pues bloqueas las actitudes constructivas hacia una economía sostenible y te conviertes automáticamente en el aliado de los gobiernos y los grandes negocios que pretenden seguir con la *economía marrón* por su propio interés. Si queremos conseguir el desarrollo sostenible debemos cambiar nuestra economía, sea del color



“La mayoría de las organizaciones de la sociedad civil se centra menos en el trabajo político y más en la conducta del consumidor individual”

que sea, pero una discusión básica es inevitable. Desde los países asiáticos y desde la sociedad civil había mucho escepticismo incluso hacia la economía verde pero con otros argumentos. Lo veían como una nueva barrera hacia sus economías dependientes de la exportación. Los países BRIC (Brasil, sin embargo han visto la economía verde como un acelerador de sus economías, especialmente en la promoción del crecimiento verde).

Aunque las negociaciones fueron muy lentas, hubo elementos positivos a mencionar. Ha sido la primera vez en la historia de las Naciones Unidas en que se han puesto en discusión las bases de nuestra economía. Ha habido interesantes discusiones sobre si poner la Naturaleza en el mercado y si fuera así: ¿Cómo? ¿Cómo pasar de una economía basada en la deuda a otra basada en lo común? ¿Cómo respetar los límites del planeta en una economía basada en el crecimiento? Y cómo organizar una tecnología que esté al alcance de todos y que tipos de criterios necesitamos para las nuevas tecnologías, siguiendo el principio de precaución. ¿Cómo integrar los derechos humanos en la economía verde? Estos debates fueron necesarios no sólo para los delegados oficiales sino que también la sociedad civil luchó con muy diversas posiciones y dudas sobre estos temas.

Pero lo peor ocurrió en las salas de negociación y lo mejor con la sociedad civil. Las grandes organizaciones comenzaron a ser más radicales en sus planteamientos al ver que ser muy pragmáticos no ayudaría en la puesta en marcha de la agenda verde. Dentro y fuera del proceso oficial de negociación ocurrieron un montón de acciones innovadoras, como el lanzamiento de los *Tratados de Sostenibilidad de los Pueblos*¹ que finalizó con 14 tratados y un manifiesto común, con planes de acción y actores definidos para su implementación.

El resultado final

Aunque hubo muchas discusiones interesantes, nada fundamental queda en el documento oficial que pueda conducir urgentemente al desarrollo sostenible. No hay ninguna referencia a los límites del planeta, a los límites del crecimiento, al disfrute justo de los recursos naturales, a los derechos humanos, a la suficiencia, etc. Todos los conceptos que son básicos para pensar en el desarrollo sostenible. Y si nos referimos al conocimiento común y al científico, estos quedarían en el *Río minus 20*, incluso antes de los informes del Club de Roma y del Brundtland. Pero lo peor de todo es que a lo largo de todo el texto, la

¹/ Ver <http://sustainabilitytreaties.org/>

solución última es el “*crecimiento económico sostenido*” lo que es totalmente opuesto al desarrollo sostenible. Es increíble que ningún país reaccionara ante este hecho, y que tal ambición pueda entrar 19 veces en un texto sobre desarrollo sostenible.

Se ha dicho mucho sobre el documento final titulado “El futuro que queremos”. Muchos científicos, activistas y periodistas han escrito sus comentarios críticos. Nadie está contento. Incluso el secretario general Ban Ki-moon no lo estaba el miércoles 20 de Junio. Y urgió a los gobiernos a presionar para su mejora, tal como el mundo lo necesitaba. Y el viernes dijo que estaba muy feliz con el documento final, cuando en los días intermedios ni una sola coma había sido cambiada, ni una sola palabra añadida o borrada...

En nombre de ANPED comenzamos a circular un documento por internet, “El futuro que no queremos”, y en unas horas se recogieron cientos de firmas de organizaciones y personas individuales. La sensación general era que el documento oficial constituía un paso atrás con respecto a lo aprobado Río 92 y Johannesburgo. Resolver la crisis financiera es aparentemente más importante que la crisis socio-ambiental. Los intereses de cada Estado en particular son más importantes que los intereses globales pero como los sindicatos reiteraron en muchas ocasiones: “*No hay empleos verdes en un planeta muerto*”.

Así, ¿el vaso está medio lleno o medio vacío? No, está bastante vacío con unas *gotas restantes*. Y porque ser optimista es un deber moral, debemos recomenzar la batalla por un planeta sano y justo. Debemos rellenar el vaso. Dejar atrás Río y repensar nuestras estrategias, usando las partes positivas del texto.

Podemos utilizar esas gotas restantes para el trabajo futuro. La idea de diseñar los Objetivos del Desarrollo Sostenible, que han de emerger o han de ser la continuación de los Objetivos del Milenio para el Desarrollo. Esta es una buena oportunidad, ya que los Objetivos del Milenio son en general bastante tradicionales en su forma de pensar: recolectar dinero para “ayudar a los pobres”. Pero como nuestro sistema económico está centrado en explotar al Sur para mantener los estilos de vida del Norte, nunca se conseguirán resultados satisfactorios suficientes. Por eso es tan importante para la sociedad civil tomar un papel proactivo en el proceso de desarrollar los Objetivos del Desarrollo Sostenible y empujar junto a otros actores, en la dirección de la justicia ambiental y de la equidad social. Pero también en no seguir centrados en más y más crecimiento económico, y usar el esquema de contracción y convergencia.

En el Norte global es necesario usar menos recursos y emitir menos CO₂, posibilitando que los países en desarrollo tengan mayor espacio (ambiental) para su crecimiento económico, para cubrir sus necesidades de bienestar. Debemos respetar los límites planetarios (estamos ya fuera de ellos) y en lugar de tratar de aumentar la tarta, repartirla de forma más justa. Esto es crucial para la sostenibilidad mundial.

Otra *gota* es la aceptación de la Década del Programa Marco de implementación del Proceso de Marrakech para el Consumo y Producción Sostenibles. En el Proceso de Marrakech, gobiernos y otros actores están trabajando juntos y han realizado avances importantes en sus análisis y en propuestas concretas. Es muy positivo que este trabajo sea evaluado y pueda continuar.

También se está promoviendo la subida de categoría del PNUMA, aunque por ahora no es suficiente para tener un mandato decisorio en el sistema de la ONU. No está claro que ocurrirá con el desarrollo sostenible como tal en el sistema de las Naciones Unidas. La actual Comisión para el Desarrollo Sostenible (CSD) será abolida y se instalará en su lugar un “Foro Político de Alto Nivel”. Éste es un proceso que comenzará en breve.

¿Cómo crear el futuro que realmente queremos?

A pesar de que el nivel de ambición del texto final es menor de lo esperable, no nos podemos permitir pensar que no hay nada que hacer. El rol de las organizaciones de la sociedad civil es enorme. No solo de ellas mismas sino también para científicos y periodistas que deberán elegir cuál es su nueva dirección. ¿Marcar la agenda o simplemente seguir y apoyar las tendencias mayoritarias?

Si estamos convencidas de que necesitamos un cambio sistémico radical, debemos repensar nuestro papel en la sociedad. Quizás debamos ser más perros guardianes y tener una actitud más proactiva. Muchas organizaciones están cooptadas por gobiernos y empresas. Dicen que quieren ser constructivas y dialogar. Dialogar es bueno, pero si eso significa (a menudo) que se pierde la actitud idealista y política de las organizaciones sociales, entonces el coste es muy alto.

Si comparamos los modos de convencer a la gente de los años 70 y de ahora la diferencia es notable. En aquel tiempo las organizaciones de la sociedad civil estaban más politizadas, citaban y denunciaban los actos criminales e injustos de las multinacionales y gobiernos. Estaba muy claro donde actuaban los “malos”. La presión política puede cambiar esto. Actualmente, la mayoría de las organizaciones de la sociedad civil se centra menos en el trabajo político y más en la conducta del consumidor individual. El papel de los ciudadanos se limita al de un consumidor ecológico en vez de un ciudadano consciente.

Esto ha quedado muy claro en las discusiones que han acontecido en curso del proceso de Río+20. Muchas organizaciones del Norte consideraban que la economía verde como la dirección correcta pues este modo de pensar coincidía con sus campañas: consumo verde, promoción del ecodiseño, reciclaje, ecoeficiencia, etc. pero la “economía” es algo más que consumo y producción, tiene también que ver con la redistribución de la riqueza, el manejo de los bienes comunes, la igualdad de género, la planificación (urbana) espacial, los

derechos humanos y la democracia activa. Han sido especialmente las organizaciones del Sur las que han presionado con fuerza en favor de los derechos humanos, la restitución de la deuda ecológica, las metas de consumo del milenio, los derechos de la madre Naturaleza y demás. En efecto esto no debe verse en blanco y negro, pero es obvio que las organizaciones del Sur tienen mayor contenido político y miran menos hacia soluciones tecnológicas solamente. Se trata también de derechos humanos, ética y responsabilidad. La realidad circundante para estas organizaciones del Sur global es también más dura. Para ellas, la cuestión no está en elegir entre conducir un automóvil diésel o uno eléctrico, sino entre tener la posibilidad de producir su propio alimento o tener los estómagos vacíos.

¿Cómo enfrentarse a las relaciones de poder?

Una cuestión pertinente que está ganando importancia es cómo desmontar esos grupos (sean países, corporaciones, instituciones financieras, inversores...) que están contra el desarrollo sostenible. ¿Dónde están los obstaculizadores? Por lo que yo he oído de las opiniones de los delegados, por lo que he visto de las iniciativas de la sociedad civil (tanto en el cabildeo como en la calle), por las buenas intenciones de las empresas que he tratado de entender, es increíble que se haya progresado tan poco.

Si ponemos el ejemplo del tren que rueda hacia la sostenibilidad, hay grupos que están empujando fuerte, otros incluso más fuerte pero no hay movimiento notable. Por eso considero cada vez más interesante investigar ¿quién está tirando tan fuerte del freno de mano? Sin duda hay muchos grupos que están interesados en el actual sistema económico. Quizás no sea el grupo más numeroso de la Tierra, pero sí el más fuerte.

En la Cumbre de los Pueblos, paralela a la cumbre oficial, se organizaron muchos eventos. Uno de ellos fue de EJOLT, un programa internacional de organizaciones para la justicia ambiental. Durante este evento, víctimas de crímenes ambientales testificaron sobre sus experiencias, dos de ellas eran pescadores de Brasil, que actualmente están en conflicto con Petrobras, la compañía nacional de petróleo brasileña. La compañía está construyendo un oleoducto en el mar, el mismo lugar donde los pescadores locales pescan y reciben sus ingresos. Este conflicto es de larga duración. Algunas comunidades han sido desplazadas por la construcción del oleoducto y sus lugares de pesca se han reducido hasta el 12% del área donde faenaban hasta hace pocos años. Según la población pescadora son 900 las familias implicadas en esta lucha. El líder de la asociación de pescadores (Asociación de Hombres y Mujeres del Mar -AHOMAR) de la Bahía de Guanabara, recibe protección policial 24 horas al día, por las repetidas amenazas de muerte recibidas. Las dos personas que participaron en el evento de la Cumbre de los Pueblos fueron halladas muertas pocos días después, asesinadas. Éste es tan sólo un ejem-

plo de que luchar por la sostenibilidad y por la economía verde no es querido por algunos grupos que tienen más interés en la explotación del petróleo.

El desarrollo sostenible no es más un concepto voluntario. No es un debate técnico. No se trata de bombillas de bajo consumo o ir en bici a trabajar. Es política. Para millones de personas se trata de la vida o la muerte, vivir con dignidad o en condiciones miserables. El desarrollo sostenible es un tema altamente político, que tiene que ver con grandes luchas de poder e intereses económicos (a corto plazo). Es el momento de tomárnoslo en serio.

Leida Rijnhout es directora ejecutiva de la organización internacional ANPED (Alianza del Norte para la Sostenibilidad)

Traducción: Iñaki Barcena



2. Río+20: Entre el capitalismo verde y el decrecimiento sostenible

Directos al precipicio, más que nunca

Daniel Tanuro

Veinte años después de la primera Cumbre de la Tierra, la ONU volvió a Río para una nueva conferencia bajo el signo de la “economía verde”. Bajo el título “El futuro que queremos”, el proyecto de resolución no levanta acta de ningún balance de las decisiones adoptadas en 1992. En cuanto a las perspectivas, la propaganda oficial nos quiere hacer creer que combinan el respeto por las limitaciones ambientales y la justicia social... Los textos muestran un proyecto totalmente diferente: la ayuda masiva a las empresas para acaparar y saquear aún más sistemáticamente los recursos naturales, a expensas de la sociedad. Inspirado sobre todo por el Banco Mundial y la Agencia Internacional de la Energía, “El futuro que queremos” es un documento radicalmente ultraliberal.